



Mientras Dormía

Emperador Bustamante llegó a Bogotá luego de catorce extenuantes horas desde el municipio de Cereté, Córdoba. Con veintidós años obtuvo un cupo para estudiar Medicina en la Universidad Nacional. Le acompañaba una caja de cartón que la abuela Emma le había preparado con su escasa ropa, algunos recuerdos y una chaqueta de cuero, ajada por los años, donación de un vecino que alguna vez había vivido en la fría nevera de la capital por allá en los años ochenta. En su bolsillo, amarrados con un caucho, llevaba cien mil pesos, tesoro que debería cuidar hasta que consiguiera algo decente en qué trabajar en las noches. Se dirigió a la Universidad, hizo los trámites para comenzar al día siguiente y con la angustia de tener que dormir en la calle preguntó a uno de sus compañeros sobre habitaciones para universitario, el cual le respondió: –“Mira Costa, en la Fragueta, aquí cruzando la principal, fijo encontrarás habitación. Eso sí, entre treinta y cuarenta mil pesos el mes de alquiler”–. El afán de Emperador era conseguir una habitación buena, bonita y barata y que el ser costeño no fuese un problema.

Emperador no demoró en llegar a la Fragueta, eran cerca de las 5:30 p.m. Trató de ser muy preciso con su

búsqueda, efectivamente los alquileres ponían en riesgo su delicada economía. Finalmente, llegó a una casa, al final de una esquina, de una sola planta. La puerta metálica, color marrón, maltratada por el paso del tiempo, daba cuenta de que por allí el espíritu del progreso no había hecho aun su aparición. Salió a recibirlo doña Elvira, una señora de setenta y tantas experiencias, encorvada, cuya apariencia generaba una extraña sensación en las propias entrañas. Al preguntarle Emperador por una habitación, ella asintió de inmediato y lo llevó a través de la casa hasta un solar en la que, con su difunto esposo, y luego de que sus tres hijos los abandonaran a su suerte, decidieron construir una pequeña habitación, la cual, por su estrechez, permitía una cama sencilla de colchón resortado amarillento y un viejo armario de madera que en su puerta contaba con un muy viejo y maltratado espejo. Ciertamente consideró Emperador que aquella habitación sería momentánea, aunque los quince mil al mes la hicieron atractiva. Pagó el alquiler y luego de organizar sus pocas cosas, cayó en un profundo sueño que solo fue interrumpido por el canto del gallo que era dueño del patio y le anunciaba que su primer día de clases iniciaba sin falta. El agua fría no solo lo despertó, sino que le generó tal dolor de cabeza que doña Elvira alivió con un agua aromática, que a su vez fue su desayuno de aquel día. Las clases transcurrieron entre presentaciones de profesores y asignaciones de tareas. Hizo rápidamente compañeros de trabajo y con ellos, gracias a su forma franca de hablar, descubrió los

“corrientazos” y los “agáchense” de la calle 45.

De retorno a la casa de doña Elvira, Emperador cayó tan exhausto a dormir que ni siquiera se cubrió con las gruesas cobijas que estaban allí dispuestas. Soñó que su cuerpo se hacía liviano y que por voluntad propia se levantaba del lecho. Allí, ante él, se encontraba el espejo del armario, que ahora aparecía reluciente, con luz propia. Se acercó ante el cristal y su reflejo, haciéndole una mueca lo invitó a seguir a través del espejo. Sin pensarlo, atravesó el cristal y estuvo del otro lado de la habitación. Todo estaba dispuesto al revés. Quiso conocer cómo era esa dimensión y sin pausa, abrió la puerta y se aventuró fuera de la pequeña habitación que lo albergaba. Flotaba sin problema sobre el patio y decidió ascender, por encima del viejo techo y comenzó a vislumbrar la extensa ciudad que entre luces amarillas y blancas se alzaba contra las montañas. Quiso volar más allá de la casa, pero el canto del gallo que dormitaba en el patio de doña Elvira hizo su aparición. Emperador despertó, frustrado porque solo había sido un sueño.

Pasaron más de veinte días y la relación entre Emperador y doña Elvira se hizo familiar. Las clases de la universidad fueron cada vez más exigentes y sus sueños cada vez más intensos, el nivel de realismo y las nuevas experiencias en aquel mundo al revés eran fascinantes, solo interrumpidas desde el patio de la casa por el canto del gallo de doña Elvira. Comenzó entonces Emperador a considerar en matar al gallo, el problema sería cómo.

Una noche, después de parciales, algo afectado por una gripe intensa, Emperador soñó que ingresaba de nuevo a través del espejo del armario y que se encontraba del otro lado. En esta ocasión experimentó como otra persona estaba a su lado. Intentó enfocarse en quién lo acompañaba y se sorprendió al constatar cómo su propia sombra deambulaba independiente de él. Sintió algo de temor, pero la sombra lo invitó a volar lejos de allí. Y alzó el vuelo y se alzaron sobre los techos de las casas que había allí en la Fragueta. Llegaron hasta un inmenso parque rodeado de árboles y agitaron con fuerza las ramas al pasar entre ellas. Nunca había sentido tanta libertad. Pero pronto, a lo lejos, el gallo comenzó a cantar y como si estuviese jalonado por una intensa fuerza fue llevado de regreso hasta la casa. Al despertar, sobresaltado, decidió acabar con la vida de aquel gallo fastidioso.

Sin pensarlo mucho, se acercó al animal que se encontraba sobre el lavadero del patio y de un manotazo lo golpeó contra la pared, allí cayó y nunca más volvió a levantarse. Al rato, saliendo de la habitación, doña Elvira no le quedó más remedio que creerle a Emperador, que el animal después de haber cantado parece que infarto y allí contra la pared se estrelló. El animal fue el invitado central del sancocho de aquel día.

Emperador en la medida en que avanzaba el día comenzó a experimentar la ansiedad por la noche que se acercaba y con ella el sueño profundo que lo liberaba, allí en la habitación humilde a través del

espejo del armario. Le recibió un café a doña Elvira antes de retirarse a dormir en su habitación. Estando en ella, apagó la luz y con la disposición propia a los que se preparan para destapar un regalo, se dejó arrastrar por el peso del sueño. Sin saber con exactitud en qué momento estaba ya en el sueño, se vio a sí mismo sobre la cama, a pocos pasos del espejo del armario. Pero, no pudo mover una sola extremidad por más que lo intentó. Estaba paralizado. Mientras tanto, ante el brillo particular que irradiaba el espejo, emergió progresivamente aquella sombra de la noche anterior, su propia sombra, la cual salió de las profundidades del espejo y se paró ante el que era su dueño. Una risa que desde ella emergió causando estupor a Emperador que quiso gritar, pero fue imposible, su boca estaba misteriosamente sellada. Sintió pánico por aquel ser que desde la oscuridad lo contemplaba y no deja de emitir aquella risa chillona que destemplaba los huesos y erizaba la piel.

La sombra de Emperador se dirigió entonces a la puerta de la habitación, la cual se abrió sin mayores problemas. Emperador intentó despertarse, moverse, gritar; sabía que estaba en un sueño y aquello le aterraba demasiado. Nunca antes había sentido dicha sensación de parálisis. Su corazón marcha a mil revoluciones que pensó que se saldría de su pecho o que peor, le sobrevendría un infarto. El silencio que se apreciaba en la habitación era intenso hasta que se escuchó un grito seco que brotaba de la experiencia propia con el terror. No había dudas, aquel grito vino

del pasillo. Emperador deseaba con increíble fuerza escuchar el canto del gallo, sí, precisamente aquel al que le había quitado la vida en la mañana. Pero no, el maldito no cantaría más. Lo que sí se escuchó, de manera clara y tomándose su tiempo para hacer su aparición, fueron unos pasos que venían del pasillo. Parecían como si se arrastraran con dificultad, muy parecidos a los de doña Elvira, que en las mañanas anunciaba su inminente visita al baño. Pensó Emperador que pronto estaría por amanecer y pronto saldría de aquel estado en que se encontraba, pero desde donde estaba, aun la oscuridad era dueña del pasillo. Se concentró en los pasos que se dirigían hasta su habitación y sintió el miedo en el estómago y en las piernas, a su vez un intenso dolor de cabeza hizo su aparición de manera repentina cuando aquellos pasos se detuvieron ante su puerta y allí nuevamente estaba la sombra que empezó a reír con su característica y escalofriante risa. Sintió Emperador como aquella sombra desde la oscuridad que la invadía lo miraba, lo detallaba, y él imposibilitado de movimiento, solo esperaba su siguiente movimiento el cual fue el de abalanzarse sobre sí.

¡Mierda! ¡Y mil veces mierda! Gritó Emperador con desespero despertando súbitamente del sueño que venía teniendo. Estaba lavado en su propio sudor. La cabeza le dolía y sentía las piernas como si hubiese corrido una maratón. Terminó la pesadilla pensó, sin embargo, notó algo extraño en sus manos y se apuró a encender la luz de la habitación. Sintió miedo cuando

constató que estaban lavadas en sangre y vio que sus pies también lo estaban. Se sentó sobre la cama y apreció como sus huellas venían del pasillo. Se levantó y abrió la puerta, ya había amanecido, serían cerca de las 6:30 de la mañana. Las huellas venían de la habitación de doña Elvira. Sintió que el corazón se le aceleraba y le preocupó la vida de la señora. Comenzó su mente a crear horribles escenarios de muerte y destrucción donde la vieja arrendataria tenía una horripilante muerte y él parecía el único culpable en aquella vieja casa. Levantó la voz y dijo: “Doña Elvira, ¿Está usted bien?” De pronto, se escuchó la descarga del inodoro y saliendo del baño hizo su aparición doña Elvira, quien venía sonriendo y le preguntó a Emperador: ¿Durmió bien, o el sueño no lo dejó?

Emperador no ocultó su sorpresa al ver a doña Elvira de pie, sin rastros de tortura o dolor. –“Estaba preocupado”- dijo Emperador, amanecí con los pies y las manos empapados en sangre y pensé que... –“Sí, si, me imagino”- Dijo la vieja tomándolo del brazo y llevándolo por el pasillo hasta la habitación donde se proyectaban las huellas de Emperador marcadas con sangre. Hubo un instante incómodo, sin embargo, Emperador comprendió que pronto quedaría todo revelado. Era la primera vez que entraba a la habitación de doña Elvira y se sorprendió al ver que ante la cama de la anciana había un armario con un espejo muy parecido al de su habitación, sin embargo, aquel espejo estaba todo resquebrajado en el piso y de allí en adelante las huellas buscaban la salida.

–“Ciertamente son tus huellas Emperador”-, dijo doña Elvira. –“Anoche decidiste visitarme y de paso asustarme... espero no se haya lastimado demasiado”- Emperador estaba sobrecogido, todo aquello era nuevo para él.

–“No se preocupe, yo soy quien le ha visitado a través del espejo en las noches anteriores. Si quiere le enseño más lugares a través de viajes fantásticos por medio de los espejos, y de paso sacia su apetito voraz sobre la realidad”–

Emperador a partir de aquel día no volvió a la universidad, dejó la medicina y nunca jamás volvió a su natal Cereté. Toda lo escrito en el presente relato efectivamente Emperador lo narró cuando a través del espejo de mi habitación hizo su aparición. Ya doña Elvira murió, pero en Emperador quedó su legado. No hay límites en la realidad, salvo los propios que cada cual quiera imponer. Nos vemos más allá del espejo.

8

FIN